

Motivos de reflexión en estos días de política tempestuosa

[De una carta al distinguido Director de *El Tiempo*, de Bogotá, extractamos estos conceptos oportunos].

...Con profunda alarma contemplamos mucho los rumbos que va tomando la política, orientada hacia una acritud y una inmisericorde crueldad verbal que nada bueno augura. Uno de los males de estas democracias está en el alejamiento sistemático que respecto de las cuestiones públicas adoptan sus mejores hombres, y lo que ahora ocurre está en vía de justificar esa actitud al parecer egoísta. ¿Cómo pedir a gentes discretas y amigas del estudio y del trabajo, que se lancen a esta cueva, no ya de leones, sino de alimañas menos hidalgas y más feroces, a ser escarnecidas y destrozadas? Nuestra tradicional cortesía está siendo reemplazada por una agresividad sistemática que parece ser la tinta en que se mojan todas las plumas; los jóvenes no consideran ya su prosa aceptable si falta en ella el epíteto detonante, la frase injuriosa, el estilo violento y exasperado. Las razones se han reemplazado con los gritos, los argumentos con el vocerío de la difamación; al adversario no se le discute, sino que trata de abrumarse bajo un alud de dicerios. Y gran parte del público va pervirtiéndose en estas prácticas, y asiste ya a los debates políticos con el mismo espíritu de aficionado que va a los toros, a ver sólo desplantes de guapeza aparatosa, y feroz lucha de insultos y de burlas, de agresiones y de bramidos.

Al lado del vocablo grueso, la sugestión malévola, o la calumnia desatada. Si usted no está de acuerdo conmigo, queda por lo mismo clasificado entre los malhechores; si hay que combatir alguna idea o proyecto, el blanco del ataque es, no lo que ellos encierran e digan, sino la personalidad de quien los sostiene. Y al discutir las grandes cuestiones públicas, ya viene el arrastrar de sables inexistentes, las bravuconadas de uno y otros, el espíritu de pelea tropical, en vez de la contraposición de grandes principios.

Todo esto, señor Director, está rebajando deplorablemente el nivel de nuestra política y está llenando de tristeza y de pesimismo a quienes la observan desde lejos con espíritu desinteresado. En esta inversión del criterio a que asistimos, se desconoce la verdad de que la violencia y el rudo choque personalista son pasiones primitivas y síntomas de barbarie. Así como en las clases sociales a menor educación corresponde mayor brutalidad, más burdas maneras y más soeces proceder, así en lo político y en lo social los pueblos se avalúan por

la acritud de sus polémicas y por la calidad de su Prensa. Los que no estamos saturados de pasiones y templados en ellas al rojo blanco, no comprendemos este vértigo de atrabiliaria exaltación que se está apoderando aquí de escritores y políticos, y que muchas veces hace aparecer el estadio de la prensa como el anillo donde se libra una salvaje riña de gallos, cuando no evoca a esos San Sebastianes caros a los pintores del Renacimiento y que aparecen atados a un poste—el de su dignidad—y acribillados de flechas que les disparan enemigos imposibles de ver.

¿No podrán reaccionar nuestra prensa y nuestra política hacia proceder y campos menos odiosos, y que menos desacrediten la intelectualidad de esta tierra? Para eso se necesita valor,—no el barato valor de injurias que hoy todos exhiben, sino el valor de dominar los malos impulsos, de mirar hacia arriba y no hacia abajo,—de tomarse el

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al ple la indicación de dónde proceden.

trabajo de pensar y razonar, dejando de lado ese recurso sencillísimo de la agresión personalista, que está al alcance de todas las plumas.

Quizá usted no publique estas líneas, hijas sólo del deseo de que no siga aplebeyándose nuestra vida pública, y de que no se ericen sus puertas con alambradas de insulto ante las cuales retrocede toda naturaleza delicada; pero léalas al menos y piense si no es la hora de hacer una cruzada en pro de la moderación y la cultura, que no excluyen las luchas por ideas y partidos, sino antes bien las vigorizan y aquilatan; que restablecen la verdadera proporción de las cosas y permiten ver los grandes intereses públicos y las ideas que no mueren, cosas ambas veladas hoy por el furor de pugnas estériles para la República, nocivas para el alma popular, que en ellas va adquiriendo hábitos de procaz incultura y de inicuo desprecio por la honra ajena, capaces de dar a este país de tan grandes tradiciones intelectuales una detestable fisonomía de vulgaridad.

Y excuse usted a quien—para que no se crea que de algo propio se duele, cuando por fortuna de estas algaradas ya tan sólo «los ecos melancólicos le llegan»—no firma esta carta, que es apenas el brote, quizá indiscreto, de una conciencia.

XYZ.

Cosas de niños



MADRE.—¡Ya es muy noche!, ¿qué vienes a hacer aquí?...
HIJO.—Vengo a que me des un susto para que se me quite el sueño.

(Excelsior. México, D. F.)

(POR GARCÍA CABRAL.)